

CATAJOCADO

Nació en San Salvador el 9 de agosto de 1933. Tiene inédito un libro de cuentos *Juego de Oñija*.

Ha publicado: *Sonetos Elementales* (Departamento Editorial, Ministerio de Educación 1958) *Espacios* (Colección Los Presentes, México, 1955), *Poemas del Hombre y del Alba* (1961), *Las Manos en el Fuego* (Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación 1969). Esta última obra obtuvo mención honorífica en el XIII Certamen Nacional de Cultura de 1967. En prensa *Las Manos y Los Siglos* (Mención Honorífica, Revista *Ecuador* 0° 0' 0", México, Alejandro Finisterra, Editor).



Mercedes Durand

A ORILLAS DEL JALPONGA

El cabello negro de Romilia olía a membrillo. De sus ojos de almendra y su rostro de barro asomaba una alegría nueva. El cambray del vestido blanco, el listón de mantequilla y la corona de menudas campánulas de papel estaban allí sobre la silla de su cuarto. Pronto empezaría la ceremonia, la procesión y la luz de las velas iluminaría el camino. El padre Facundo y las señoritas Menéndez la habían elegido. Era tan modosilla, tan bien mandada, tan devota y sobre todo —y eso lo comentaban las solteras con el sacerdote cuando sorbían el chocolate y los pasteles de las cuatro— tan graciosa, que el pueblo gozaría con la designación.

Las calles del lugar eran como los habitantes: pobres y viejas. Olían a cecina renegrida y a pabito quemado. El párroco había llegado para hacerse cargo de la iglesia y pronto se acostumbró a todo.

Los pastores fueron escogidos entre los jóvenes campesinos de las haciendas Corral Viejo y Agua Fria. Los usaban de pantalones de mezclilla azul, camisas blancas, sombreros de paja ondulados de flores de mezcal y cayados envueltos en papel dorado, de ese con el que se protegen los chocolates extranjeros y los cigarrillos de carita.

Las pastoras fueron emperejiladas con trajes de tafetán amarillo, rosado solferino, verde musgo y morado lila. Una banda de listón ceñía la brevedad de sus cinturas y en sus cabezas encajaron sombreros medio cordobeses y jipijapas. Del cayado que portaban las pastoras se escapaban tintineos de sonaja y muchachos y muchachas —por consejo de la abuela Remigia— perfumaron sus ropas con flores de reseda y manojos de albahaca.

—Sí, del río la recogieron. La pequeña se salvó de milagro. Ese año la repunta tragó bestias, troncos y a la difunta Aurelia. Los costales de frijol rebotaron más allá de las piedras y una peineta de carey, con incrustaciones de oro y una maiposa tallada, se encontró semanas más tarde en un recodo del río. Romilia quedó asustada. Era un pequeño cuerpo afligido y friolento que fue depositado en casa de las señoritas Menéndez. Ellas tan caritativas se hicieron cargo de la huérfana. Allí se acriolló Romilia junto a los canarios, los gatos, los pichiches y las dolencias de las solteras. La chica aprendió a leer, a manejar las cuatro reglas de la aritmética y a rezar la doctrina cristiana.

Por la mañana se encaminaba a la iglesia a cumplir con el santo sacrificio de la misa y por la tarde, antes de cerrar los postigos y cubrir la jaula de los canarios, los menudos dedos de Romilia repasaban las cuentas de la camándula. A los ocho años ya era una chiquilla bien mandada que sabía tejer, trapear, hacer las camas y cumplir las indicaciones de sus protectoras. Era avispada y obediente, por ello había sido escogida y le confeccionaron el albo traje, la corona de campánulas y las zapatillas blancas.

Las palancas eran parte del ritual. El padre Facundo, al principio, se opuso airadamente a la costumbre. El Alcalde Municipal, las Señoritas Menéndez,

el idóneo de la Botica, el Juez de Paz y el abogado Sepúlveda le aconsejaron respetuosamente que no destruyese la costumbre. El sacerdote les argumentó en contra hasta encenderse las mejillas, pero los principales del pueblo le reconvinieron y el Padre no tuvo menos que aceptar que en la procesión fuesen las benditas palancas.

Indalecio Aquino era el encargado de preparar las varas de bambú y toda la familia del biznieto del Rey de los Nonualcos, colaboraba afanosamente en la tarea. Se elegía la mejor fruta de la estación: naranjas, limas, piñas de azúcarón, cocos de agua, paternas y racimos de guineo, ello se mezclaba con guirnaldas de veranera y pascuas. El papel de china ayudaba a preparar los gallardetes y las tijeras cortaban por acá, piqueteaban por allá y cenefeban por acullá con el objeto de darle a las banderolas las más caprichosas formas. Pero el ritual no estaba completo sin la presencia de don Chico García, el ciego Abraham y Joaquín Pérez quienes eran responsables de tañir la guitarra y tambalear las tortugas. Sí, porque el ciego Abraham era un virtuoso para llevar el ritmo con la tortuga hembra y Joaquín Pérez prodigaba sus habilidades en la tortuga macho.

La procesión bajó de San Sebastián Arriba a las ocho de la noche. Hacía una luna redonda y las estrellas cabrilleaban en la superficie del Jalponga. El Padre Facundo presidía el desfile acompañado del sacristán. Luego seguía Romilia, ataviada con su traje de cambiay blanco, su corona de campánulas áureas y su velo de tul, abrazando entre sus manos la imagen de San Nicolás que esa noche sería bendecida y colocada en el altar. Luego venían las pastoras y pastores quienes bailaban al compás de las tonadas de don Chico García. El ritmo de los danzantes era marcado con las tortugas tamborileadas por el ciego Abraham y Joaquín Pérez. Luego seguía la palanca colmada de olores, sabores y colores del trópico y finalmente los habitantes del lugar portaban farolas y candelas de cera.

El río Jalponga serpenteaba plácidamente. Las piedras dibujaban tótemes extraños, pero la luna incandescía la noche por lo cual los lugareños no tuvieron dificultad alguna en atravesarlo. Para Romilia era grato el contacto del agua y sentía una extraña sensación cada vez que sus pies, sus brazos o su cuerpo eran rozados por las aguas del Jalponga. Romilia no alcanzaba a comprender por qué gustaba de sentir resbalar el agua clara y mirar su rostro reflejado en la diafanidad de las aguas de ese río. Muchas veces, las señoritas Menéndez le llamaron la atención por sus escapadas al río y en vano le relataron historias terribles de siguanabas locas ambulantes, cadejos negros furiosos soltados por el Justo Juez de la Noche y cipitines barrigones que perseguían el candor de las niñas. Todo era inútil, Romilia sin saber, sin siquiera proponérselo se sabía parte del Jalponga. Era algo así como un pez, un bejuco, una gota de espuma.

El río los dejó pasar. Al hacer un alto en el camino los que calzaban caítes, zapatos o chancletas se agacharon a fin de secar sus pies y proseguir la marcha hasta la parroquia del padre Facundo.

Romilia se quedó mirando el rostro de San Nicolás. Le impresionaron sus grandes pestañas postizas, sus ojos de canica color caoba y el aire medio

angelical y severo de sus mejillas. Estaba asombrada, a grado tal que no escuchó las voces de las señoritas Menéndez que la llamaban desesperadamente. Al fin, se dijo Romilia, conozco bien el camino. Fatigada como estaba prefirió sentarse a descansar un poco. La madrugada, preñada de luceros, iluminaba sus pasos, pero el cansancio doblegaba su cuerpo y después de cruzar el río, Romilia sintió la atracción del Jalponga. Extasiada veía correr el agua y rebotar estrellas de espuma, piedras de colores, hojas secas y peces minúsculos. Era fascinante estar cerca del agua. Era delicioso sentirse junto al lecho del Jalponga. Era impreciso lo que Romilia sentía, pero sus ocho años, la fatiga, la hora, el sueño y una extraña fuerza la indujeron a recostar su cuerpo sobre las cortezas de un almendro desmochado. Durmió plácidamente. El rumor del agua la arrullaba y una voz dulcísima que brotaba del río la hacía escuchar extrañas canciones de cuna. Romilia bogaba en una balsa de madera al lado de una mujer extraña, de San Nicolás de las pozas, de los bejucos y de las piedrecillas. Todo le hablaba en un idioma húmedo y primitivo. Romilia veía en el Jalponga a una mujer que decía llamarse Aurelia que le acariciaba las trenzas y tintineaba una ensarta de peinetas de carey. El ruido de unas piedras que cayeron al agua la hizo despertar y Romilia se incorporó de inmediato. La niña se afligió por haberse quedado dormida y pensó en la reprimenda que le darían las señoritas Menéndez. Mas, de pronto, el agua fue más fuerte que ella y un alud de tortugas azules, conchas mojadas, piedras pómez gigantes y un remolino de peinetas de carey la sumergieron, dentro, muy adentro de las aguas.

Quando corrió la noticia y ésta se coló por las callejas del pueblo, los comales ahumados, las ventanas abiertas y las paredes de bahareque, las señoritas Menéndez recogieron, entre lágrimas y desmayos, una peineta de carey, un corona de campánulas blancas y un breve listón de mantequilla.

JUEGO DE OUIJA

Tú no eres aficionada a los juegos. Recuerda que en el Estero de Jaltepeque preferiste beber media botella de whisky, antes que hacer el ridículo con la Canasta Uruguaya. Y en la Galería de los Pintores, antes que desnudarte y dar de sobe vino en tu sexo, al millonario holandés, optaste por esconderte toda una noche en el cuarto de las escobas. No, decididamente tú no tienes buena mano para los juegos. Siempre refunfuñaste ante el hábito de Olaf por jugar largas partidas de dominó, y te irritaba la insistencia de Coralía en desvelarse y desvelarte jugando a quién se mantuviese más tiempo despierta, o la terquedad del profesor Castelló por enseñarte a mover correctamente el afil, la reina o el caballo. Tú no eres aficionada a los juegos. Pero

Violeta y Rodolfo, Julia y Eduardo, Narciso y tú se reunieron esa noche. Hacía frío y un cognac en cada mano fue colocado por el viejo mayordomo. Ardía el fuego en la chimenea. El humo de los cigarrillos Kent y del habano de Eduardo ascendían en espirales hacia el techo. Se hablaba de mil cosas. Que si Viet Nam, que si Isiael, que si Biafia, que el baile de los Mendieta, que la peluca de Eugenia, que el adulterio de Nadia, que si Eduardo fuese Ministro, que si Rodolfo fuera acróbata, que si Narciso fuese nombrado Rector de una Universidad de ninfómanas, que si Julia fuera la abuela de Juan Carlos, que si Violeta fuese traslúcida como un espectro, que si tú fueses medium.

La tabla ouija fue colocada en el centro de la mesa. Las escogieron a Violeta y a ti porque eran las más altas, las más jóvenes y las que poseían más fluido. Ambas unieron las rodillas, cerraron los ojos y comenzaron el juego. Precisaba darle magnetismo a la tabla para que girase rápidamente y marcara letras y números, que cualquiera de los del grupo anotaba cuidadosamente. El silencio era espeso como el café del percolador. Violeta y tú, apenas rozaban las puntas de los dedos sobre la tabla. El cuerpo se te erizaba. Las mejillas se te encendían. Sentías igual inquietud a la que te angustió cuando sufriste de taquicardia y consultaste con el cardiólogo. Tu mano y la de Violeta eran agitadas por un remolino extraño. Iban de oriente a occidente, de sur a norte, de arriba hacia abajo. Las reproducciones de Gauguin y de Kokoshka giraban vertiginosamente. Sudabas como un caballo al trote. La oscuridad se confundía con grandes ráfagas de luz. El fuego y el agua se entrelazaban como en el período cosmológico. De pronto te ceñías la túnica de Safo, para luego colocarte el minúsculo bikini de Raquel Welch. Violeta te rozaba fuertemente la rodilla. Casi te hacía su conformación huesuda y te resistías a soportar aquel contacto. Fueron miles de años los que desfilaron en aquella sala. La tabla ouija seguía moviéndose. Un lápiz escribía. Ocho pupilas abiertas y cuatro ceñadas percibían algo extraño. Fue necesario que tu perra ladrara furiosamente para que terminara el juego.

Güija es un lago extraño. En él flota el salvajismo de lo inexplorado y el misterio de una ciudad enterrada. Fuiste a recorrer sus márgenes y divisaste el cenizo del Tule, el Volcán de San Diego y las montañas de Santa Catarina. Te internaste en la profundidad de sus aguas y extrajiste picos de obsidiana, cuentas de collares y piedras labradas. Las gaviotas despertaron muchas madrugadas junto a tus cabellos. La hamaca que Román te colocó entre los dos árboles de conacaste, fue amiga de tus tardes contemplativas. Narciso te había llevado a Güija a fin de que conocieras el lago y lo comprendieras a él. Al fin y al cabo, del abuelo de tu marido eran las haciendas que bordeaban el lago. Y tú supiste conocer el misterio de aquel extraño lugar. Recuerdo que conversaste con el sordo Cenao, hiciste cantar a Víctor Mayorga, deshilvanaste la malla de recueidos que guaidaba Marcelino en el fondo de su choza y lograste saber la verdad sobre los amores de la Angela con el tío de tu marido. Güija te reveló un secreto: todos sus moradores y hasta tú, que eras recién llegada, tenían marcado, en la nalga derecha, el fierro de los Pedraza.

En la casa veraniega de Güija conociste al hindú que hipnotizaba a las cabras. Había llegado allí, por casualidad, acompañando al arqueólogo nortea-

americano y Narciso dispuso recibirlos como huéspedes. El hindú tenía la piel amarillenta como los rollos del maí muerto, y usaba una camisa de tela ligera y cuello alto. Eran vegetarianos ambos, de modo que te conformaste con saborear las verduras y hortalizas que aún quedaban en la nevera. El arqueólogo se perdía tardes enteras con tu marido y tú quedabas en compañía del hindú quien te conversaba de Ramakrishna, de los Vedas y del Nirvana. Jamás se acercó a tu hamaca, pero siempre te miraba a los ojos con pupilas de tigre en celo. Una tarde, antes que embarcaran, te besó la mano derecha y te aconsejó, casi con voz de ultratumba, que recelaras de toda palabra que sonara a Güija. "Es peligroso, te dijo, que juegues a todo y a nada". Tú te echaste a reír y acompañada de Narciso subiste a una balsa, se internaron en el lago y esa noche cenaron pescados, bebieron vino rosado y se hicieron cuatro veces el amor.

Violeta y Rodolfo, Julia y Eduardo y tu marido Narciso decidieron romper la tabla oüija. Fue tu marido quien se ocupó de tirar de un extremo y Mario del otro, pero la tabla no sufrió ningún rasguño. Entonces Julia y Violeta hicieron fuego y en él fue consumida la tabla misteriosa. Jamás se volvió a recordar aquella tabla y en las ocasiones en que se volvieron a reunir se habló de Viet Nam, de Israel, de Biafra, de para acá y de para allá, pero nunca se volvió a hacer alusión a la oüija.

Tú fuiste quien rompió el mutismo. Una de tantas noches en que se hallaban reunidos preguntaste por la tabla que erizaba los cabellos, hacía galopar la sangre, giraba en remolinos azules a Gauguin y a Kokoshka y unía las rodillas huesudas de Violeta con las bien formadas de tu cuerpo.

Alguien te haló del vestido, te arrastró el cuerpo y la voluntad en un remolino inexplicable y te llevó a una extraña buhardilla. Ahí, encontraste al hindú y al antropólogo norteamericano unidos por las rodillas, haciendo girar la tabla oüija y tú te ocupaste de anotar lo que las letras iban marcando.

Ahora te explicas por qué tu hermana se cortó las venas, tomó una excesiva dosis de somníferos y aún tuvo fuerzas para abrir las llaves del gas.

EL ALBUM DE CABRITILLA

Hacia un magnífico día. Llegaron al estudio de Gabriela a la hora en que los cisnes jugaban a las carreras con las anémonas del estanque. Ella colocó la silla de extensión y los cojines azules bajo una hermosa veraneera. Se disculpó con su acompañante y subió presurosa la escalera que conducía a sus habitaciones. Anudó sus rebeldes cabellos y se enfundó la gabacha. De un closet, que olía a ramas de muguet, sacó unos dulces con sabor a mandarina y unas pantuflas inglesas. Luego, fue a su estudio y tomó los materiales ne-

cesarios Bajó al estanque y vio con profunda ternura que Ernesto dormía plácidamente No lo quiso molestar y, sin hacer el menor ruido, ajustó la cautulina en el caballete y comenzó a esbozar los rasgos de su entrañable amigo Cuando éste despertó y abrió sus ojos azules, ella estuvo presta a ofrecerle su bastón, él entonces apoyó su brazo en el de la muchacha Caminaron alrededor del estanque y Gabriela respiró a pulmón pleno la brisa de la mañana Ernesto, encorvado y cansino, hablaba pausadamente Relataba a la joven sus experiencias en Escocia cuando visitó una famosa casa embotelladora de whisky y el inmenso susto que le produjeron los estridentes graznidos de los gansos que vigilaban la bodega Luego, le relató su amistad con el Picasso de la época azul y sus largas caminatas juntos y la comida de caracoles que se dieron, hasta el hartazgo, en una fonda situada en la frontera franco-española Don Miguel de Unamuno y su jersey negro y su frente erigida y su dignidad de roble, ante las embestidas del viento de la incultura, también fueron amigos de Ernesto Ella lo escuchaba con aurobamiento, sin interrumpir las frases El hablaba con la fluidez del vino añejo que se escancia gota a gota y reposa largo tiempo en el paladar Antes de subir al carro, Gabriela ordenó al chofer que se percatara de que los cojines estuviesen colocados adecuadamente Ambos subieron al auto Llegaron a la residencia de Ernesto justamente a la hora en que éste debería tomar la sopa de legumbres que le había recetado el médico Gabriela lo acompañó a la mesa y, como era su costumbre, mordisqueó unas galletas simples con un trozo de queso sin sal que le supieron a gloria Al despedirse, Ernesto, prometió a Gabriela no usar el anillo de onix en el anular porque la artritis se lo había convertido en algo parecido a un espárrago hinchado

La piscina del club se hallaba muy concurrida Bikinis a lunares, a rayas verticales, horizontales y espirales; mallas negras y salidas de baño de encaje abundaban en aquel exclusivo lugar A escasos metros la calle era transitada por autobuses urbanos, autos de carrera, triciclos lecheros, perros, hombres, niños Gabriela se recostó sobre una esterita de tule y estiró los pies en la misma forma que lo hacen perros y gatos al desperezarse Anteojos oscuros la protegían del sol que con sus rayos le tostaba la piel Gabriela evocaba los momentos transcurridos con su entrañable amigo Un coro de muchachos y muchachas irrumpió a su alrededor y uno de ellos con aspecto de play-boy le dijo al oído algo y acercó sus labios a las mejillas de la muchacha Ella indignada, se indignó y dio una bofetada al recién llegado El le pidió disculpas y Gabriela se unió al grupo a fin de darse una zambullida Luego, sentados bajo una sombrilla de lona, pidieron aperitivos en copas de piña madura ante la desaprobación de Gabriela que ordenó un jugo de tomate Se hablaba de las nuevas técnicas dislocadas y aburridas del cine y se traía a cuento la secuencia del paseo de una cama por toda la capital londinense; se comentaba el extraordinario derrumbe de la sintaxis, en la novela y el cuento, ante la impotencia de las momias de la Academia por detener el avance de la nueva ola; alguien relató sus experiencias, en un baño colectivo, con dos negros del Congo; alguien tamborileó sobre la mesa; alguien sacó una jaula con un gorrión y un grillo disecados, alguien bebió una LSD; alguien dio de beber cognac a un pekinés, alguien sopló una armónica; alguien silbó; alguien hincó Gabriela bostezaba y hacía vanos esfuerzos por mantenerse atenta a

la conversación de sus amigos. Fingió un repentino malestar y se despidió del grupo. Se alejó del Club.

El álbum de fotografías estaba encuadernado en piel de cabritilla. Una niña de bucles oscuros y sombrilla con ribetes de encaje sonreía desde las rugosas páginas. Un muelle, bañistas con trajes a rayas, un barco de diseño antiguo y varios señoras y señores aparecían en otra imagen. Dionisia, su cabello lacio y su rostro negroide, sostenía sobre sus piernas a la niña Gabriela. Un anciano de rostro venerable y porte distinguido ocupaba varias páginas del álbum de Gabriela. En unas ocasiones se le miraba jugar al golf, en otras fumar una pipa de carey, en algunas acariciaba el mango de un bastón, en varias sostener sobre sus rodillas a una chiquilla de largas trenzas y en las más se le veía sentado contemplando, con ojos bondadosos, a los curiosos que abrían el álbum. Gabriela lo conoció cuando era muy chica y disfrutó poco tiempo de su compañía. La arterioesclerosis y un infarto al miocardio dejaron a Gabriela perpleja y al abuelo rígido y frío. Su sorpresa y desencanto, por la irreparable pérdida, no fueron sustituidos por los viajes alrededor del mundo, ni por las visitas a internados, a ruinas famosas y a clínicas de sueño. Gabriela había desistido de escaparse de sí misma y dispuso vivir alejada de su familia en una casa-estudio donde residía al lado de sus cisnes, sus lienzos, sus pinceles, sus anémonas y su álbum de cabritilla.

Ernesto la había invitado a tomar el té en casa de un amigo. Este vivía en las afueras de la ciudad y poseía varios millones de pesos y algunos miles de libros. El anfitrión tenía los modales de un conde y la cultura de un abate. Varios años en Suiza y largos veranos en Montecarlo dejaron sus huellas. Los tres recorrieron la mansión de los libros y Gabriela se internó, con sus dos amigos, en los estantes y estantes de aquella maravillosa biblioteca. Llegaron a la Enciclopedia de Diderot y pasaron por la británica, la francesa, española, alemana, italiana, árabe hasta finalizar en la de aberraciones y la de toros; caminaron desde *El Libro de los Muertos* hasta *El Amanecer de los Magos*; fueron desde San Agustín hasta Heidegger, recorrieron la Arqueología, la Historia, la Literatura, las religiones y finalmente, y en estante especial, transitaron desde *El Capital* de Marx hasta la última obra de John Bernal. Se instalaron en la sala de mullidos sillones y tomaron el té. La muchacha escuchaba, con sumo interés, los recuerdos que Ernesto y su amigo vivificaban de los corsos de flores, los jueves de Corpus y sus procesiones señoriales encabezado por monaguillos que incensariaban las calles cubiertas de pétalos de rosas, por las que caminaba el señor Obispo bajo el oro sedoso del palio, mientras las residencias de las familias principales abrían sus puertas, ornadas con immaculadas cortinas, dejando ver los suntuosos altares privados. Ernesto refirió sus amores con una hermosa gitana que zapateaba de maravilla y cantaba por bulerías y su amigo lo interrumpió para recordar las piernas de María Conesa y la categoría de Virginia Fábregas. Al finalizar la quinta vuelta de té, el dueño de la aristocrática mansión relató a Ernesto y a Gabriela la angustia que le producían los sorprendentes ataques de asma y las inoportunas molestias renales. Ernesto por su parte, se refirió a los dolores agudos de la artritis que le deformaba los pies, las manos y las rodillas. Antes de abandonar la casa, Gabriela recibió, del amigo de Ernesto, un fistol que el abuelo de la muchacha le había regalado a éste.

“Es inútil Julián es una excelente persona. Haría lo que mi estúpida familia llama un buen marido. Me quiere, me mimó, me colma de orquídeas, de rosas, de cartas, de perfumes, de bombones, de mil pequeños detalles. Se preocupa de mi neuralgia, de una leve herida, de que se me rasgó la uña. ¡Pero me abume intensamente! No resisto su proximidad. Ese olor a bosque mediterráneo que emana de su cuerpo me marca y ME CAUSA URTICARIA. El escritor de cabellos grises, sí que tiene personalidad. Su talento me convence, tiene seguridad en sí mismo, su obra se impone, no está mal de tipo. ¡Ummmm! Pero dudo que lo llegue a aceptar en el lecho conyugal! Alfonso, mi novio de adolescencia, es cierto que es adorable. Me besó algunas veces, en ocasiones pellizcó mis piernas y casi me hace pasar a la antesala del acto sexual pero ¡AHORA ME PRODUCE ESTORNUDOS! Mas, Ernesto. Es un sol opaco y tranquilo que me llena de serenidad! Su conversación, sus modales, su cultura, sus ojos azules, sus manos, su bastón, su paso menudo. Ernesto. ¡Ah y su rostro venerable y sus ojos bondadosos y sus relatos infinitos!”

La figura de Amelia en su traje de holandesa era sencillamente grotesca. “Una vaca holstein con zuecos, delantal, cofia y antifaz” había comentado el cineasta afeminado; Gonzalo y su Nerón de circo era formidable; Arlette y su peluca rubia y su traje de Juana de Arco, escondía a perfección a la doctora mulata que todas las mañanas controlaba los kilos de exceso a las señoras obesas que visitaban su clínica para que les redujese las calorías de su dieta; Juno y su malla oscura, sobre la que una minúscula faldita roja imprimía feminidad, guarecía su equívoca conducta y daba la impresión de una caperucita ingenua y delicada. La mujer del Arquitecto y su voz de actriz de novela radial simulaba magistralmente aires diltheyanos y trazos alecorbusierados ante el auditorio de profesionales estúpidos e intelectuales babeantes por sus piernas bien torneadas y sus senos exuberantes. Gabriela había organizado la reunión para gozar un poco de la excentricidad de la gente y reírse de sí misma. Sí, de sí misma porque ella se había vestido de “qué me importa” y se preparó un coctel de ron, vino demi-sec, whisky, ginebra, ajeno, cerveza y soda. Despertó malhumorada y con la lengua pastosa.

El álbum de cabritilla, las anémonas, el estanque, los cisnes y varios cuadros. Gabriela adquirió fama de misántropa porque se encerró ocho semanas. Salía únicamente los sábados a proveerse de materiales y comestibles y al Convento de los Dominicos en donde solicitaba a los frailes que le diesen la dirección y la paga convenida a las personas que le servirían de modelos. Durante el resto de los días colocaba cartulinas, corregía trazos, ordenaba posiciones, gestos, buscaba luces, observaba sombras, hurgaba arrugas y manchas en las manos, descubría extremidades deformadas por el reumatismo y continuaba su tarea creadora.

Cuando transcurrieron las ocho semanas de aislamiento, Gabriela no pudo más. Su corazón, sus nervios, su semblante y su esencia vital se lo exigían. Fue a casa de Ernesto y no lo encontró. El ama de llaves le comunicó que se había marchado sin despedirse y sin decir adonde iba. La muchacha contrató a un detective privado. Visitó hospitales, gimnasios, clínicas, balnearios, desvanes, conventos, agencias de viajes, casas de amigos afines, parques, cines, aldeas, barrios, pensiones, burdeles, pero todo fue en vano.

“Si, doctor Estoy convencida Lo necesito como mis anémonas el agua . (El pentotal la ha hecho soltar la lengua) Es tierno y bondadoso Claro, usted lo conoce y sabe que es un enfermo, pero me agrada cuidarlo Debo volver a verlo Preciso de él Su palabra sencilla, su rostro venerable Sus relatos fascinantes Las manchas de las manos Su bastón Su artritis Sus ojos azules Su rostro bondadoso Sí, doctor, ya lo sé Es un anciano de ochenta años Pero mi organismo no requiere vitalidad y espasmos Soy un caso para usted Steckel ha escrito un libro sobre mujeres como yo Doctor, a mí me encanta sentarme a los pies de él, gozo con sus achaques, me fascina sacarlo al sol, sazonar su caldo y escucharlo a toda hora El es un éxtasis constante Junto a sus brazos débiles, su cuerpo flaco y sus manos deformes gozo intensamente (Enfermera, déjela reposar, al despertar la acompaña a su casa) ”

Ernesto regresó del extranjero Cuando bajó del avión, saludó amablemente a Gabriela

—Eres una caricatura Un remedo de tu auténtica imagen No te perdonaré nunca Tú no eres mi Ernesto Jamás te podría reconocer Has destruido lo que yo tanto amaba No resistiría el olor a laboratorio y a suero bogomoletz ¡Asesinaste la imagen que yo tanto veneraba!

Gabriela huyó del lugar y se refugió en sus recuerdos Desde entonces no sale de su casa-estudio y vive al lado de sus cisnes, sus bocetos, sus pinceles, sus anémonas y su entrañable álbum de cabritilla